

Penas y alegrías de un palmero saborío

Ginés Jiménez

AL padre de Macaca, conocido en el mundo artístico por El Saborío, lo echaron del tablao cuando se empezó a quedar calvo. La dueña, una flamenca vieja que aún se arrancaba por bulerías, le justificó el despido diciéndole que «mi arma, lo siento, pero mis palmeros tienen que lucir buenas pelambreras que me atraigan la clientela. Bonito palmaor estás tú hecho con ese queso gordo que llevas encima los hombros». No le valieron pretextos, ni la promesa de que se compraría una peluca, pues la folklórica le puso el ejemplo de que sí, con la facha mejorada, una extranjera caprichosa se prendaba de él y se lo quería llevar al huerto, no le iba a dar gato por liebre cuando le tomase la testa romana y se quedara con el imperio entre las manos. «Si fueras un yulbrini tendrías pase, pero con el ojo medio tonto y el huevo duro arriba, poca gracia vas a hacer aquí, y el negocio es el negocio». No le faltaba razón a la Resalá, porque el desprestigiado palmero ya comenzaba a hacerse la raya junto a la oreja, cosa que auguraba que, cuando llegase el verano y las turistas abarrotasen el local, la cabeza del Saborío sería algo muy parecido a una bola de billar. A los otros dos palmeros del trío los tenía mejor considerados, porque eran más jóvenes, sabían menear el cuerpo y había noches que se pasaban por la piedra a un par de viejas millonarias, con lo que ella sacaba sus pingües comisiones. Al Saborío lo sustituyó un gitanazo pamplínero, qué bien tocaba el cabrón, que enseguida se convirtió en el rey del tablao, y al desengañado le dio alguna cosilla —cobrar la entrada, servir finos— hasta que se buscara la vida en otro sitio. «A ti ya, mi vía, ni en Nuevayó te dan faena», le dijo con guasa la Resalá cuando le entregó el cheque del finiquito. El Saborío, en una de las contadas ocasiones en que levantó la voz a alguien, le replicó que se tenía que

acordar de él, que no le iba a perdonar la putada y que lástima el tiempo que había desperdiciado en aquel tugurio de mierda despellejándose las manos por cuatro miserables chavos, que maldita la gracia que le hacía acompañar su voz gangosa porque allí los únicos que entendían de cante eran sus pinreles, «tía marrana, que eres más guarra que el chocho una loca» y, mientras le decía esa comparativa frase, haciendo un gesto de repugnancia hacia su jefa, soltó un gargajo caliente y más verde que un congreso ecologista, el cual, aunque lo quería lanzar al suelo y dejarlo allí como señal hasta que se secara, equivocó su dirección y fue a colarse por el escote del traje de lunares de la flamenca, deslizándose el bien cebado pollo por el canal que separaba las dos ajadas y descompuestas ubres con que la Resalá, que nunca tuvo descendencia según ella, tanto había dado de mamar sin ser ama de cría.

Por medio de su hija, que ya estaba ejerciendo de subalterna, y gracias a la intervención de Apapucio, avalado además por la palabra de su tío obispo, al Saborío le consiguieron el puesto de conserje en el Colegio, que había quedado vacante por defunción. Del terno blanquinegro al uniforme gris con gorra de plato, el antiguo palmero creyó haber alcanzado el cénit de la gloria. Sueldo fijo, poco currelo y buenos amontillados en la cantina, eran los requisitos indispensables que él siempre había soñado para una vida feliz. Aunque alguna vez se le despertaban las nostalgias y se palmeaba unas farrucas, para nada echaba de menos el ingrato oficio donde se valoraba más la caradura del personal que el auténtico arte de los mejores, del que él tenía parte segura a pesar de haberse retirado a tiempo y no servir a los afanes crematísticos de una rumbera de quinta fila.

El conocimiento general que la

historia del padre de Macaca llegó a tener entre los alumnos dio motivo a que se le gastasen algunas bromas, que ella calificó de muy mal gusto. Todo empezó una mañana, estando ella ausente en no sé qué cursillo con Apapucio, al disponernos a entrar a clase y aguardábamos en el patio a que el conserje terminase de abrir las puertas de las aulas, cuando se presentó la Resalá con sus tres palmeros dispuesta, después de haberlo buscado por medio mundo, a hacerle un buen regalo a quien un día le había echado un pollo sin ser ella gallina, como le decía a grito pelado al director, que, aunque no sabía de qué iba la cosa, intentó poner paz y calmar los subidos ánimos de la flamenca. El Saborío, que había finalizado su labor y andaba escuchando las tremendas voces que pegaba la rumbera, pensó en perderse de allí y evitar el enfrentamiento, pero en un acto de amor propio decidió dar la cara para ver lo que quería y que no llegase a más el espectáculo que de balde estaba proporcionando la interesada empresaria. Al verlo aparecer, los del tablao se tiraron hacia él con no muy buenas intenciones, mientras que avisaban a los presentes que cuidados con lo que hacían. Entre dos cogieron al Saborío y lo sujetaron de mala manera. La folklórica, que aguardó a que su antiguo palmero estuviera completamente inmovilizado, se dirigió hacia él con lento caminar a la vez que comenzaba a esbozar una sonrisa poco amistosa. Cuando estuvo a un paso del sorprendido reo, introduciéndose un dedo en la nariz, se sacó un moco seco y más largo que el Camino de Santiago, y se lo metió en la boca al Saborío: «Pa que pruebes el cabello de ángel, mi arma, ya ves lo que te aprecio». Y el pobre conserje no tuvo más reños que comérselo, porque el flamenco que quedaba libre le cogió la cara con una mano y se la apretó con tanta gana que hubo de tragar saliva. A

continuación, el mismo palmero extrajo de un recipiente de cuello ancho, cuyo líquido amarillento dejaba adivinar de qué se trataba, y se lo entregó a su patrona, que destapó el frasco y, sin darle tiempo al desgraciado para prepararse a recibir lo que se le venía encima, se lo embocó en plena crisma mientras le decía la Resalá: «Pa que te duches, curioso, que no todos vais a ser tan guarrindongos como yo». La flamenca se quedó más tranquila cuando roció con sus propios jugos al que una vez la quiso hacer granjera. Hasta empezó a bromear: «A ver si mis meaos te hacen efecto —le dijo con la misma guasa que la tarde en que lo despachó del tablao—. Si te crece el pelo, me buscas y te contrato». Fue lo último que habló la Resalá y, haciendo un gesto de desaire a todos los presentes, se dirigió a la salida con un palmero a cada lado. El otro, que se había quedado sujetando al rebautizado en tan hediondos jordanes, cuando observó que su jefa se hallaba fuera de peligro, aflojó el lazo con el que rodeaba la nuca del ultrajado conserje y lo soltó al tiempo que de un potente empujón lo lanzaba contra la columna más cercana, dando el triste tan formidable calabazada que resonó por todo el patio. El Saborío, con la cabeza húmeda y dolorida, el uniforme empapado de orín, apenas tenía fuerza para hablar, y mucha menos para levantarse, pero, mientras veía desde el suelo al palmero rezagado, que iba a reunirse con su grupo, se le escuchó decir una sola palabra: «Malajes».

Meses después, a la Resalá le cerraron el negocio y la metieron en chirona, porque uno de sus palmeros, el Pamplinas, se había cargado, chingándose toda la noche, a una importante vieja americana, conocida actriz de Jólivid, y la policía descubrió que aquello, más que tablao flamenco, era casa de putas, digo de putos. El caso es que la rumbera, cuando salió bajo fianza, tuvo que intentar de nuevo dar la teta, aunque ya no se la quisieron tomar ni las arañas...

...Margueritho versionó al granaño pensando en Macaca, cuyo nombre nadie sabía en realidad si era el mismo del romance, pues —según los más notables especia-

listas en el tema, historia de la que Vucencia se enterará más adelante— parece ser que ella no se llamaba igual que su madre, algunos dicen que madrastra, Milagros la Resalá. Otros estudiosos opinan que su nombre era Macaria o Macarena (también esta tesis tiene su historia, más folklórica), pero se quedó en Macaca a causa de una de las muchas taras de su progenitor, el mentado Saborío, a quien ya conocemos, que iba para cantaor aunque no pasó de palmero (ni llegó a bailaor porque cojeaba de la derecha) y es que el hombre era tartamudo. Por eso su nueva jefa de tablao, para matarle el gusanillo y que no se le quebrase la hiel, cuando había poca gente en el local, lo dejaba marcarse un tirintín o un leré-leré y viva el salero cuando se le trababa la lengua porque ya no pasaba ni del ti ni del le, con lo que más bien parecía estar explicando los pronombres personales sin ser él ducho en gramáticas, y si se arrancaba en un tarantantán, en vez de a fiesta flamenca, el público creía estar asistiendo a la procesión del Silencio en Jueves Santo, donde el Saborío, con su tambor ametrallador, era seria competencia para los redobleros principales de las cofradías y, si él hubiera fundado una, la suya no podría ser otra que la del Cristo de la Paciencia, con todos los respetos. Yo, de las dos teorías, me inclino por la segunda. Y me baso en un recuerdo que conservo de cuando el Saborío ocupaba la bedelería del Colegio. Una mañana que bajó por tiza (tenía precisamente clase con Apapucio) encontré a Macaca enfurruñada y discutiendo con su padre no sé qué asuntos familiares y ella le decía que tú dame a mí las gracias que estás aquí y no me hables más de ésa que no la quiero ver ni en pintura. El, casi llorando, le suplicaba que es tu madre, Macaria. Y cuando dijo el nombre —lo suyo le costó— sí que se atrancó unas cuantas veces en la segunda sílaba hasta que, haciendo un esfuerzo sobrenatural, pudo pronunciar la última mientras me entregaba el paquete de tiza con la que Apapucio nos iba a dibujar en el encerado un croquis de la situación lingüística en el mundo. No escuché más, aunque después me lo imaginé todo por lo que me contó el Gilillo del lío en que se había metido la Re-

salá con eso del tablao y el farruco que mató a la gringa, que la mandaron al trullo por alcahueta, encubridora y dueña del negocio. Luego su gente desapareció del mapa y si te he visto no me acuerdo: palmeros, bailaoras, guitarras, dejaron a su jefa más sola que una robinsona en el reformatorio general de rebeldes y penados, o se ve que la apreciaban tanto que no quisieron que perdiera esta oportunidad de ensayarse en carceleras, genuina forma del repertorio que tal vez desconociese la maestra. La única que sintió cierta compasión por ella fue su comadre Jacinta la castañueletera, compañera de penas y faenas, de la misma edad de Milagros, que avisó al conserje de la tela marinera que la había caído a su costilla. Pero el Saborío, que era un hombre bueno, nunca le guardó rencor, pese a que sabía que todavía lo continuaba coronando sin ser él de sangre azul («Ya tenía que sé virrey por lo meno», se cachondeaba de su consorte la Resalá cuando retozaba con Perico el del Haba, también guasón como ella) y le había hecho más putadas que a recluta en campaña, tirarlo a la calle como a un perro y avergonzarlo en público hasta la irrisión, todo se lo perdonaba, todo. Ahora hasta le daba lástima de lo que la infeliz estaría pasando, porque se había enterado de que el Pamplinas —con quien había puesto a medias la cartilla con las ganancias del tablao cuando la enamoró con sus besuqueos y zalamerías— se las piró a las Bahamas en cuanto la entalearon, y él arrambló con todo y la dejó sin una gorda, más pobre que la roña los tobillos. De eso creo que era de lo que discutían Macaca y su padre, de que había que moverse para sacarla de la cárcel, que ya estaba vieja y se iba a oxidar la triste entre los barrotes si no pagaban la fianza hasta que saliera el juicio y un buen picapleitos se encargara de defender su inocencia, ya que a fin de cuentas no fue ella quien envenenó a la americana y, en cambio, el canalla que le suministró los polvos andaba suelto y más feliz que un tonto con un aro. Macaca, cuando se encontró más relajada, se lo pensó dos veces y terminó aceptando las súplicas de su padre, en sesión extraordinaria, le comentó el caso a Apapucio, quien como siempre le sacó las castañas del fuego y

a su madre de la trena (algo haría el obispo, digo yo) y el Saborío más contento que una feria. En la cantina, cuando ya le había pegado al

mosto lo suficiente, alguien le escuchó balbucear el consabido dicho de la sabiduría popular:

—¡Más vale una hija puta que tres

hijos canónigos!—. Pidió otro litro y se arrancó por alegrías.

(De «Una vaca en el balcón de la patria»)

El hombre del maletín

Patricio Peñalver Ortega

EL tren asomó sus potentes focos, sus ojos se iluminaron y por los servicios de megafonía se oyó la procedencia del hombre que ahora bajaba. El hombre miró a ambos lados del andén número uno y tan sólo se encontró con abrazos y carcajadas de alegría, que contrastaban con la profunda seriedad del señor López. El hombre agarró su maletín, y tras caminar a la puerta principal, se halló frente al señor López; dirigió su mano derecha al bolsillo interior de su chaqueta y sacó una tarjeta. El señor López no entendía nada, miraba el maletín detenidamente y por fin se decidió a indicarle varias calles.

Se despidieron.

El tren lanzaba unos pitidos que al parecer indicaban su marcha, ellos volvieron la cabeza y sus miradas se encontraron de nuevo; tal vez sin los pitidos no se hubieran visto de nuevo, al fin y al cabo, se habían despedido y una cierta premonición rondaba ya en la mente del señor López.

El hombre caminaba lentamente y se adentró en la primera calle indicada; la calle era angosta y a esa hora de la tarde estaba vacía. Llegó al final de la calle y se tropezó con una farmacia; no sin antes echar una mirada semicircular de reojo, entró al ver la puerta abierta. Al fondo se oía una tonada andalusí, y él que al parecer gritaba, se sorprendió al ver que su propio canto era acompañado por la música.

Jadeaba y no cesaba de mirar el maletín, cuando del fondo salió el mancebo exigiéndole unas extrañas pólizas de entrada.

Yo, que soy una persona perfectamente capacitada física e intelectualmente, les diré que no conozco de nada al señor López, y en cuanto al hombre del maletín...

El hombre del maletín buscaba en

su bolsillo y no entendía qué pólizas eran necesarias. Se animó y sus ojos chispeaban. De nuevo sacó la tarjeta, y de manera jactanciosa la mostró al mancebo, que vestía de negro. Al tanto que el mancebo le expresaba ciertas indicaciones baladíes, mientras se marchaba, la música regresaba a sus oídos. Miró de nuevo al maletín y extrañado salió de la farmacia. La calle seguía desierta y pensó por segunda vez que no tenía salida; se encaminó de nuevo hacia la estación, y allí donde la calle se ensanchaba volvió a mirar circularmente. ¡Cá! Cuál fue su enorme sorpresa, al final de la calle y junto a la farmacia se encontraba el señor López.

Se saludaron.

El hombre miró la fachada principal de la estación y se dirigió hacia el quiosco. Dentro de sus cábalas ya entraban las más recias suposiciones. Sobre todo al oír la conversación de aquellos hombres junto al puesto de venta.

—Que no, y dale Perico al torno. Yo te digo que el jambo tenía jindama y quería narse.

—Y yo te digo que Dante llevaba razón al colocar a Avicena en el Purgatorio.

Miraba su maletín y por fin, al cabo de un rato, los hombres paraban su plática y el vendedor dejaba de gritar, me queda la figa, me queda la mudanza. El hombre sacó otra vez la tarjeta y las tres cabezas se juntaron en torno a ella; que no, ni quiero la figa, ni quiero la mudanza. El vendedor le indicó la primera calle a la derecha, al llegar a la primera bifurcación, y ya en la esquina le gritó: ¿pero oiga, de verdad, que no quiere la figa?

Necesitaba descansar y se le presentaba una oportunidad de oro molido al encontrar un café abierto, repensaba la cantidad de tiempo que había perdido. Se aferraba a la barra

y ya era la quinta copa que tomaba, ahora, muy cerca se oían los pitidos del tren. Abrió el periódico y al mirar la fecha se sorprendió que el tiempo no era medible en cantidad, ya que seguían pasando las mismas cosas.

Miró hacia el maletín y ¡quía!, no estaba y no se lo creía. Salió corriendo pues era mucho lo que se esfumaba.

Corrió por las calles y, aunque no podía recordar por qué parte de la ciudad se encontraba, corría. Al parecer habían pasado varios días, y por las noches se acordaba de la bata negra del mancebo.

Yo, que soy una persona perfectamente capacitada física e intelectualmente, les diré tan sólo... ¿Que quién soy?

El hombre seguía corriendo y todas las mañanas se acercaba a la estación; sin embargo, el tren esa mañana llegaba con bastante retraso, por los servicios de megafonía se anunciaba su procedencia, y allí junto al andén número uno el señor López bajaba con su maletín de piel de cocodrilo. Se acercaba y tras sacar una tarjeta donde en letra gótica decía señor López.

Se despidieron.

El señor López se dirigió a la farmacia y después de largas gestiones inconclusas salió airadamente, al final de la calle el vendedor le ofreció la figa.

Yo, que soy una persona perfectamente...

Les diré que una y mil veces intenté relatar las peripecias del señor López, también les diré que conozco al señor López de nada, ya que se trataba de un personaje, quizás el central, de la que iba a ser mi próxima novela y los originales me fueron robados.

Yo, señores, soy el hombre del maletín.